

¹ROMERÍA AL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE PRISIONEROS POLÍTICOS DE PISAGUA, AÑOS 1973-1974.CHILE.

Era la mañana calurosa del 30 de Octubre del año 1991. Una caravana de vehículos y de hombres, mujeres, niños y ancianos, portando banderas y banderillas chilenas, pancartas y carteles con consignas, avanzaban caminando lentamente por el terroso camino labrado sobre la ladera del cerro y a la orilla del mar.

La brisa marina suavizaba el intenso calor y alejaba el polvo de los rostros de esas personas que se dirigían al centenario y abandonado cementerio de Pisagua.

Cantando y gritando antiguas consignas, el grupo marchaba hacia el lugar donde había sido ubicada una fosa en la que yacían una veintena de cadáveres de personas torturadas y posteriormente asesinadas en el Campo de Concentración de Prisioneros de Guerra de ese puerto, en el año 1973.

En esa bulliciosa romería, cuyo canto y griterío solo era escuchado por las olas y las arenas de los cerros, se podía divisar a gente de edad, probablemente sobrevivientes del martirio; a hombres y mujeres maduros, seguramente hijos de las víctimas; jóvenes, niños y niñas, nietos y nietas, parientes y amigos de los flagelados y

¹ El Capítulo VIII del libro “ Manifiesto Irreverente y otros relatos”, de Hugo Eduardo Díaz, consta de siete narraciones. La narración denominada “Romería al Campo de Prisioneros Políticos de Pisagua, años 1973-1974”, es una de ellas.

mueritos durante la estadía en el Campo de Prisioneros de Pisagua.

Un hombre, casi abuelo, pero aún brioso y dinámico, voceaba la consigna para que la gente repitiera al unísono, como si quisiera con sus gritos hacer recordar a esos cerros testigos de la barbarie que aún, él, seguía vivo y que la memoria de los masacrados permanecía latente en su mente y en la de todos los chilenos .

Jesús, el ex- nochero del Pabellón N° 3, con su semblante encolerizado por el recuerdo de sus compañeros ultimados, lanza al aire los retos al infinito:

- ¡Compañero, Leonardo!... ¡Presente! ¡Ahora y siempre!
- ¡Compañero, Marcelo!... ¡Presente!
- ¡Compañero, Valencia !... ¡Presente!
- ¡Compañero, Yáñez!... ¡Presente!
- ¡Compañero, Higuera!... ¡Presente!
- ¡Compañero, Márquez!... ¡Presente!
- ¡Compañero, Toro!... ¡Presente!
- ¡Compañero, Guzmán!... ¡Presente!
- ¡Compañero, Palominos!... ¡Presente!
- ¡Compañero, Córdova!... ¡Presente!
- ¡Compañero, Ruz!... ¡Presente!
- ¡Compañero, Lizardi!... ¡Presente!
- ¡Compañero, Taberna!... ¡Presente!
- ¡Compañero, Cabezas!... ¡Presente!

Y sigue lanzando nombres al aire y la gente respondiendo ¡ Presente!. ¡ Ahora y Siempre!

El Cementerio de Pisagua, que data de mediados del siglo XIX, situado en una estrecha planicie que casi penetra en la falda de los cerros, aprisionado entre éstos y la abrupta ribera del mar, con sus

antiguas tumbas de pino oregón, abandonado a la furia del viento marino y del sol, fue el lugar escogido por los militares para esconder los cuerpos de los hombres asesinados.

Al costado norte de este recinto cavaron una profunda fosa donde tiraron los cuerpos de veinte compañeros que estuvieron desaparecidos durante 17 años, hasta que la perseverancia de sus deudos y amigos, lograron descubrir el sitio donde yacían sus seres queridos. Desde entonces se ha hecho una costumbre efectuar romerías en fechas significativas o cada vez que por alguna razón se considera necesario.

Después del uso de la palabra de los dirigentes de la Agrupación de Ex- prisioneros del Campo de Concentración de Prisioneros de Guerra de Pisagua y de los aún consecuentes y antiguos políticos, todos sobrevivientes y hoy discriminados y excluidos, se procede a cantar “La Internacional” y la canción nacional.

A veces, por mucho control que se tenga sobre sus emociones, el ser humano sucumbe a la presión de los recuerdos que luchan por emerger a la superficie provocando lágrimas y sollozos en rostros viriles y valerosos. Jesús, el casi legendario ex- nochero del Pabellón N° 3, después de una vida bregando, atacando y defendiéndose, siempre guiado por sus principios intransables, no pudo evitar que gruesos lagrimones se deslizaran por sus mejillas, ya rugosas, lo que le causó cierto rubor al ser observado por un grupo de jóvenes que portaban orgullosos banderillas identificatorias de sus posiciones políticas y pancartas con frases alusivas al momento que se vivía.

Al término del acto, lentamente la gente inició la marcha hacia el poblado de Pisagua, lugar donde se iba a continuar el recordatorio con una actividad artística en el antes esplendoroso y hoy vetusto Teatro Municipal, el cual fue utilizado cómo una recinto carcelario más, durante la represión y reclusión de los prisioneros políticos.

Este teatro, construido con pino oregón y al estilo del Teatro Municipal de Iquique, durante el apogeo y bonanza económica producida por la extracción del salitre a mediados del siglo XIX e inicio del siglo XX, se ubica casi encima de las olas que siguen lamiendo sus pilares aún intactos, pese al tiempo transcurrido. Aunque su silueta es ruinoso y decadente, todavía impresiona su imponente figura y deteriorado decorado interno y añeja elegancia.

Jesús Tadeo, el ex- nochero del Pabellón N° 3, ya encanecido, sumido en sus pensamientos y recuerdos, inconscientemente se fue distanciándose de la gente quedando rezagado de la columna cada vez más y más.

Ensimismado, contemplando las olas furiosas que golpeaban las rocas, casi al borde del camino, se detuvo, prendió un cigarrillo y buscó un peñasco donde sentarse a descansar. Luego bajó hacia una pequeña playita, se tendió sobre la arena mirando el cielo y las gaviotas que revoloteaban por el lugar. Respirando profundo, relajado, entrecerró los ojos y dejó su mente vagar por el tiempo ido.

Su razón se esforzaba para no sumirse en recuerdos de los sucesos acaecidos durante el período que estuvo en la cárcel de Pisagua hacía ya 18 años. Fue en vano. Lentamente cayó en una especie

de sopor, entre cansancio y sueño, y su mente traicionera le hizo revivir

Al llegar a Pisagua un contingente de soldados armados con metralletas los hicieron descender del vehículo a culatazos, patadas y golpes. Todos en fila militar, fueron violentamente chequeados, registrados. Las precarias pertenencias de subsistencia, verdaderos tesoros en esos momentos, fueron furiosamente desparramadas por el suelo. El azúcar, el té, la cucharilla, el jarrito para tomar té, la pasta de dientes, etc., todo confundido con la arena y las piedras del lugar. Todo perdido.

Llevados a la cárcel como ganado, con gritos y amenazas se ordenó sacarse la camisa, quedar solamente en pantalones y salir fuera de la cárcel donde había un amplio lugar de suelo con piedrecillas, pequeños trozos de vidrios mezclados con la arena gruesa. Y se inicia la primera tortura colectiva. Piquetes de soldados armados con metralletas y varios oficiales durante horas hicieron arrastrarse por la tierra, a punta de golpes, patadas, insultos, a todos, sin excepción, a todos por igual, a viejos y jóvenes. Con gritos eufóricos, de enajenados, obligaban a comer tierra:

- “¡Coman tierra santa, huevones, traidores a la Patria, coman tierra santa regada con la sangre chilena!”

Obligaban a gritar consignas contra la Unión Soviética, contra los comunistas traidores a la Patria, so pena de golpes y comer tierra santa de Pisagua, regada, según vociferaban fanáticamente, con la sangre de los soldados chilenos durante la Guerra del Pacífico.

Todo el lugar era un campo de quejidos de la gente sometida a este escarmiento patriótico. Al cabo de casi dos horas, todos arrastrándose, sangrando en los codos, en las manos, en la cara, obligados a gritar consignas contra el gobierno derrocado, ingresan a la cárcel como animales asustados, con los ojos desorbitados, bocas sanguinolentas, casi fuera de sí.

Este tipo de flagelación probablemente pueda ser soportable y hasta aceptable cuando se es militar y se es prisionero de guerra de las tropas del país enemigo, pero aquí en Pisagua todos eran chilenos, todos civiles, viejos y jóvenes, estudiantes y obreros, profesionales, etc. Lo que hiere profundamente el sentimiento de amor patrio es comprobar que los hombres que vestían el uniforme del ejército de Chile eran los torturadores que se jactaban de su amor a la Patria, mientras maltrataban con saña a su pueblo. Estas contradicciones y ocurrencias han sido frecuentes en la Historia y prueban cuán difícil ha sido, es y será derrotar la ancestral ambición individualista del ser humano, ya que ni la Iglesia, con Dios vigilándola, ha podido resistir la tentación del interés por la riqueza y el poder.

Después de pasar desnudos por la ducha, la desesperada búsqueda de su camisa o polera, todos fueron distribuidos en las diferentes celdas ya acupadas por otros reclusos. En la celda del segundo piso, junto a otros 39 prisioneros, Jesús, el ex.-nochero del Pabellón N° 3, se tendía en el suelo, ocupando justo el trecho de su cuerpo, ya que por la estrechez del lugar había que dormir de lado para que todos pudieran caber en la celda. El agotamiento y el cansancio fueron un poderoso somnífero que le hicieron ignorar la dureza del piso, los lamentos, gemidos y los murmullos de

oraciones y rezos de algunos de sus compañeros de celda y se durmió, eso sí, preocupado por lo que vendría al día siguiente.

Al día siguiente, al amanecer cerca de doscientos prisioneros parados frente a sus celdas, en los tres pisos de la cárcel, en posición firmes y al un, dos, tres, el oficial ordenó cantar la canción nacional de Chile mientras un soldado de la Patria izaba lentamente la bandera, que no flameaba, quizás de vergüenza, tristeza o a lo mejor por falta de brisa. Al principio no se escuchaba claramente la letra de la canción por lo bajo del tono y totalmente desafinado. Solamente era un murmullo, pero se veía que todos estaban cantando o por lo menos se observaba que todos movían sus labios.

Los oficiales, con arrogancia militar propia del ejército alemán, iniciaron la pesquisa uno a uno para detectar a los rebeldes que se negaban a cantar el himno de la Patria.

Lentamente se fue tornando más nítida la melodía, pero pasaban los oficiales y nuevamente bajaba el sonido. Uno de los prisioneros se negó a mover sus labios. Simplemente no cantó. Fue sacado de su lugar después de ser abofeteado una y otra vez y luego llevado fuera de la Cárcel.. Estuvo varios días en la enfermería, recuperándose de las lesiones.

Al día siguiente, después del café y el pan, nuevamente fueron conducidos al patio los recién llegados. El mismo trato, los mismos insultos, las mismas palizas y golpes.

Pasar estas pruebas era cuestión de sobre vivencia y aptitud. El ex- nochero del Pabellón N° 3, con su experiencia de ex- militar y ex- carabinero, usaba

bien su energía y terreno, pero la edad lo traicionaba. El cansancio, el agotamiento al límite de la resistencia, hace que el ser humano pierda algunas veces el miedo y se torna valiente y desafiante.

El ex- nochero, Jesús Tadeo, en un momento dado que estaba al borde del desfallecimiento, arrastrándose por la tierra, pateado, golpeado y ofendido con insultos humillantes para que avanzara en forma más rápida, fue presa de sus genes que le nublaron el cerebro, le enrojecieron los ojos, multiplicaron su fuerza energética, se pone de pie, levantándose como un monstruo, cubierto su rostro de sudor y arena, se afirma con los brazos abiertos sobre una roca y erguido les grita a los oficiales: ! Disparen, chu... de su ma... , mari... !, etc.

Las balas estallaban cerca, salpicando la roca, pero ninguna dio en el blanco y los oficiales, quizás por qué razón, siguieron maltratando a los otros prisioneros y dejaron tranquilo, por el momento, al ex- nochero del Pabellón N° 3.

Jesús, el ex- nochero del Pabellón N° 3, continuaba tendido sobre la arena, recibiendo los rayos del sol y la frescura del mar, sin percibir la vertiginosa sucesión de ideas, imágenes y evocaciones que su cerebro reproducía, soslayando el espacio y el tiempo. La casi mágica actividad de su mente funcionaba como un aparato de video, retrocedía y avanzaba, a veces velozmente; otras como en cámara lenta y otras congelando la imagen, todo para recordar detalles, gestos, emociones, etc.

Estaba recordando la gran emoción que sintió cuando un día que sacaron de la celda individual y de aislamiento a varios prisioneros que ya

estaban siendo procesados y según comentarios eran compañeros que se le estaban formulando cargos de mucha gravedad. En esa oportunidad los tuvieron de pié frente a la puerta de la celda durante media hora. Reconoció inicialmente con alegría al verlos después de varios años a Leonardo, al lechero hipiente y a Marcelo, el compañero que había conocido cuando, aún siendo casi un adolescente, había trabajado en las minas de sal de Patillos y fue detenido ahí por un piquete de militares y conducido esa vez a Pisagua, en tiempo de Gonzalez Videla y Carlos Ibañez .

La primera sensación de alegría al verlos, instantáneamente se esfumó cuando captó que los dos estaban casi en capilla, por lo custodiado y aislado en que se encontraban. Leonardo, su amigo de infancia y del barrio, gran hombre, modesto, de pensamientos claros y de actuar franco; Marcelo, un compañero obrero de Lota, valeroso, inteligente y perseverante, que por segunda vez pisaba Pisagua por la causa de su vida.

Solamente hubo una oportunidad en que ellos lo reconocieron desde lejos y le levantaron la mano en señal de saludo poco antes del inicio del Consejo de Guerra.

Días después, el nochero del Pabellón N ° 3, fue también aislado en una de las celdas dispuesta para prisioneros que por alguna causa desconocida eran considerados como hombres principales desde el punto de vista político. Jesús tenía la sospecha que algo grave estaba sucediendo, cuando días antes de su separación del resto de los prisioneros, fue percibiendo que muchos compañeros le estaban eludiendo su compañía e incluso el saludo. Esta sensación y preocupación aumentó cuando cierto día fue llamado a presentarse al lugar donde

habitualmente iban los compañeros creyentes y religiosos a confesarse o recibir la bendición del cura que estaba destinado en el Campo para realizar esa función misericordiosa. Para el nochero era como la antesala del que va a morir libre de pecado. Estaba bastante preocupado ya, cuando se ordena su traslado a la celda de aislamiento, cerca de los compañeros que esperaban una posible sentencia de fusilamiento.

Llevaba varios días encerrado, sin contacto con nadie, cuando una noche, todo el penal a oscura, escucha gritos e insultos. El nochero apega el oído a la abertura del piso con la puerta de la celda para escuchar mejor lo que pasaba afuera, en el piso de cemento del patio central de la cárcel. Sintió un cuerpo que se arrastra y se queja con el esfuerzo, golpes secos, improperios y groserías, sonidos de yataganes raspando el pavimento, seguidos de lamentos y gemidos. Era un prisionero que estaba siendo torturado obligándolo a arrastrarse en círculo alrededor del patio carcelario. Cuando el cuerpo pasaba justo cerca de la puerta donde tenía la oreja el nochero del Pabellón N° 3, éste podía escuchar hasta la respiración entrecortada del martirizado y los cortes que rebanaban parte de su cuerpo. El suplicio duró cerca de una hora; luego un silencio larguísimo, el chirrido de la puerta de fierro y una voz imperativa que llama al médico. Se escucha después un ruido de arrastre de algo que roza el suelo, nuevamente el chirrido de la puerta ferrosa y nuevamente el silencio absoluto.

Acababan de asesinar a un compañero. Después supo el nochero del Pabellón N° 3 que el flagelado esa noche había sido su amigo Marcelo.

En esos días el proceso de interrogatorio del Consejo de Guerra estaba en pleno apogeo. A la celda de aislamiento del nochero introdujeron a dos compañeros más.

Una noche, cerca de las diez, se sienten varias ráfagas de metrallata en el exterior de la Cárcel y el ruido de ir y venir de militares. Como a la hora, todo a oscuras, suena al conocido chirriar de la puerta de fierro, unos taconazos y la voz potente del capitán:

“Se ha fugado uno de los prisioneros que estaban afuera para ser interrogados, se le está buscando, pero si no aparece en una hora será sacado de cada celda un prisionero y será fusilado, conforme al reglamento militar” . Taconazos de nuevo, el chirrido de la puerta y el silencio absoluto. El nochero del Pabellón N ° 3, ante tal noticia, se acostó de espaldas sobre el suelo, con sus brazos cruzados bajo su nuca, cierra los ojos y vuela su imaginación evocando en hermosos coloridos brillantes los rostros de su madre, de su hosco pero querido padre; de sus hijos, de su compañera, todo irradiando felicidad y bienestar. Eran los segundos maravillosos que, según dicen los científicos, el cerebro gratifica cuando sus células detectan la proximidad de la muerte. Mientras, Jesús, el nochero del Pabellón N° 3, se resigna a la suerte que está por venir, uno de los compañeros de celda, tembloroso sujeta una pequeña Biblia y comienza a rezar en voz alta, con un fanatismo realmente molesto, pero comprensible. Pasado unos momentos, nuevamente ruido de balas durante unos minutos, se escucha la voz del oficial, que comunica que el prisionero fue capturado y que fue ajusticiado en el lugar donde fue encontrado. Luego, el silencio hasta el otro día.

El Consejo de Guerra y su proceso de interrogatorio cruel e inhumano, cuyos métodos han sido utilizados desde hace siglos o talvez miles de años, por todos, por razones imperiosas de conflictos de poder entre reyes, príncipes, religiones, etc., con objeto de obtener información útil a los torturadores. Pero en el caso de Pisagua, no era ése el objetivo, porque los prisioneros eran civiles, hombres, mujeres, obreros y profesionales, estudiantes, todos gente pacífica simpatizantes de un gobierno elegido conforme a la Ley y estaban siendo torturados con el único fin de aterrorizar, atemorizar. No había nada que decir, excepto el tener alguna militancia política que era lícita, legal, constitucional. La atrocidad con que se trataba a la gente era casi semejante a la utilizada por la Santa Inquisición, de la Iglesia Católica, maestra en este satánico arte, que torturaba y condenaban a la hoguera a los que consideraban herejes, solamente con el fin de escarmentar y disuadir a quienes se atrevieran a enfrentarse con el poder de la Iglesia. En este caso, se estaba actuando de la misma forma y con la misma finalidad: aterrorizar, amedrentar, amenazar. Cuántos compañeros fueron torturados y asesinados sin saber porqué los estaban flagelando, excepto por pensar políticamente diferente y nada más.

Terminada la etapa de interrogatorio de este Consejo de Guerra, porque hubieron varios, dejando una lista de personas muertas en torturas, asesinados por la ley de fuga, desaparecidos, etc., el Comandante del Campo de Prisioneros de Guerra de Pisagua, - Prisionero de Guerra, era el nombre y la denominación que se le daba a los humildes obreros; a los decentes empleados públicos; a los trabajadores en general y gente modesta, todos detenidos en esa Caleta transformada en Recinto Militar- anunció a toda la población penal

debidamente formada y alineada, que según las conclusiones y deliberaciones de los miembros del Consejo de Guerra, había dictado las sentencias, procediendo a leer los considerando:

“El Honorable Consejo de Guerra, en posesión de las declaraciones y confesiones obtenidas durante la etapa investigativa de los hechos subversivos que pusieron en peligro la vida de los miembros de la Fuerzas Armadas de nuestra querida Patria con intenciones de socavar la institucionalidad de la nación; con irrespeto absoluto a la sagrada Constitución Política del Estado y de las demás leyes del país; con intenciones de aplicar modelos y teorías extranjeras antipatriotas y antinacionales; organizando cuerpos paramilitares debidamente armados y logísticamente apertrechados con el fin de asesinar a los altos jefes militares de nuestras Fuerzas Armadas; que por tanto, considerando que todo lo anteriormente expuesto y comprobado, según la documentación que rola en los respectivos expedientes, están tipificados como traición a la Patria, y que según lo dispuesto en los artículos pertinentes del Código de Justicia Militar, de la Constitución Política del Estado y las leyes aplicables en cada caso en particular, se condena a muerte a... , “. Enseguida el Comandante del Campo comienza a nombrar a los condenados a muerte, a los sentenciados a cadena perpetua, a los sentenciados a 25 años de prisión etc. etc., anunciando al final que las penas de muerte por fusilamiento se llevarían a cabo al amanecer del día siguiente.

El Comandante y el grupo de Oficiales que lo acompañaban se retiraron, marciales, soberbios, orgullosos, cubriendo sus ojos con grandes lentes oscuros.

El calvario había terminado con la dictación de las sentencias, por lo que muchos estaban tranquilos y resignados, ya que al día siguiente serían todos trasladados a las diferentes cárceles del país a cumplir las condenas impuestas, institución que era un jardín infantil comparado con el Campo de Concentración de Pisagua. Todos respiraban aliviados, excepto los que estaban resentidos y disconformes con las sentencias, pues hubo casos en que líderes vocingleros, revoltosos, provocadores muchas veces sin motivos razonables, se tornaron hipócritamente temerosos, miedosos, casi cobardes, logrando una condena suave en comparación a la de otros, que sin tener responsabilidades políticas y de ningún tipo, fueron cruelmente maltratados y duramente condenados. Quizás, el propósito principal era castigar la firmeza del pensamiento, la ideología, la fortaleza mental y no tanto los aspavientos revolucionarios. Varios de los terribles y violentos revolucionarios, que mostraban su enojo con el sistema capitalista mediante posturas teatrales y vestimentas verde oliva durante el apogeo del gobierno del Presidente Allende mostraron su debilidad en esta ocasión y fueron liberados sin conocerse el porqué de esta contemplación. Tipos como éstos se hundieron en el anonimato durante los largos años de persecución ideológica de la dictadura militar y gozaron de la complicidad de las autoridades militares opresoras. Algunos que contaban con los medios económicos y amistades influyentes optaron por refugiarse en el poderoso país rector de la política y economía de los países latinoamericanos y donde viven los principales gestores y cómplices de la desgracia que estaba sufriendo la población chilena. Hoy, con la actual democracia que se vive en el país bajo el alero y vigilancia de los Estados Unidos, algunos de estos personajes se lucen en el Parlamento, en los Ministerios, en las Gobernaciones e Intendencias,

etc. etc. Están en el poder y conforman, no todos por supuesto, parte importante del gran muro de contención que impide avanzar hacia una verdadera democracia, hacia una transformación profunda y verdadera de la sociedad chilena.

Jesús Tadeo, el nochero del Pabellón N° 3, sentado en el suelo en un rincón de la celda, se sentía triste y consternado. Su amigo de adolescencia y juventud, el hombre sabio, honesto y valeroso, sería fusilado en una cuantas horas más, cuando amaneciera.

Pero también estaba disgustado, desilusionado, casi agraviado, porque, él, que se auto consideraba como un verdadero peligro ideológico para los explotadores y la mentalidad facistoide de las fuerzas armadas chilenas, no le habían respetado esta calidad y solamente había sido condenado a relegación. No le cabía en la cabeza esta terrible ignorancia cometida por los especialistas en interrogatorios militares. Cómo pudieron equivocarse tanto con él, se atormentaba, Jesús, el ex- nochero del Pabellón N° 3.

Pobre nochero del Pabellón N° 3, se sentía humillado y avergonzado con esa sentencia ridícula propia de un militante de la Juventud, pero no para él, que ya bordeaba los cuarenta años. Con los ojos rojizos de rabia y pena, lentamente fue vencido por el abatimiento, la fatiga y el sueño. Dormitó, con la conciencia abierta y atenta, hasta cuando el movimiento y los ruidos lo despertaron al amanecer.

Miró hacia el patio central de la Cárcel y vió con sorpresa un altar, con sus pañitos, candelabros, velas grandes como cirios, crucifijos y toda la parafernalia que se usa cuando el cura oficia misa

o un rito religioso. Todos los presos enflaquecidos, algunos casi esqueléticos, demacrados, formados frente al altar prestos para presenciar no se sabía qué.

Después de unos minutos de espera se acerca la comitiva de oficiales militares, encabezados por el comandante del Campo, todos con los acostumbrados lentes oscuros. Más adelante venía el sacerdote o capellán, a paso lento y mirando hacia el suelo, vestido con la túnica dominguera, blanca con encajes y todos los atavíos típicos usados en las ceremonias católicas. Un soldado, procedió a encender las velas colocadas sobre el altar provisorio y levantado improvisadamente para esta solemne ocasión. El cura se adelantó, se ubicó frente al crucifijo, abrió un libro que portaba en sus manos y empezó el sermón. No se sabía si estaba leyendo el libro, o un papel o estaba improvisando.

“Dios ha reunido aquí, con su misericordia y bondad, a sus hijos para bendecirlos y recordarles que El tiene caminos misteriosos para mitigar los dolores de la humanidad. Él que todo lo sabe y que está en todo lugar, sabrá recompensar a quienes hoy dejan este mundo. Tengan fe en Él, todopoderoso, y sus penas serán aliviadas”

Y siguió el señor cura justificando con sofismas propios de un filósofo griego de la antigüedad, la decisión de Dios de enviar al Cielo a los condenados que iban a ser fusilados en unos instantes más, todo dicho con elegante y culta retórica.

Ante tal espectáculo, el cerebro y también el corazón, del ex-nochero del Pabellón N ° 3, hacía transitar los circuitos de las neuronas a una velocidad jamás experimentada, lo cual le estaba enrojeciendo el rostro; le transpiraban las manos;

los músculos de las mandíbulas se le estaban tensando como cables de acero. Esa maravillosa máquina biológica buscaba desesperadamente una respuesta lógica, verdadera, ante la increíble contradicción que sus sensores estaban captando.

¿Cómo es posible, que ese ser invisible, que todo lo sabe, infinitamente piadoso y bondadoso, protector de los humildes y pobres de espíritu, fuera tan cruel y ordene a esos esbirros uniformados cometer tanta barbarie en su nombre con gente buena, fieles amantes de la justicia y de los hombres sanos de mente y generosos?. El momento que estaba tolerando no era propicio para filosofar sobre la decisión de Jesucristo de eliminar de esta vida a esos hombres que nada habían hecho contra Él y se esforzó para dominar la situación. Ya más calmado y razonando conforme a la orden emitida por sus células cerebrales, se dispuso a observar con atención lo que vendría.

Terminada la introducción religiosa del sacerdote, un oficial y dos soldados se acercan a las celdas donde estaban enclaustrados los condenados a muerte.

Engrillados de pies y manos los hacen avanzar hasta el centro de la capilla, con claras evidencias de estar con sus extremidades entumecidas y adormecidas por el apriete de los grilletes; se adelanta el Comandante del Campo y comienza a leerles los considerandos de la sentencia, el articulado de la Constitución Política del Estado, los artículos del Código Militar infringidos; fundamentando la necesidad que tiene la Patria de defenderse de los elementos que atenten contra su sagrada tranquilidad ; por el ejemplo de los niños, futuro de Chile, etc.

Terminada la intervención, con una seña el Comandante autorizó a los que iban a morir que usaran la palabra.

El primero, levemente nervioso, declaró su inocencia en las acusaciones que se le habían formulado, se despidió de todos sus compañeros con un Viva Chile y el puño de su brazo izquierdo levantado.

Enseguida, el comandante del Campo da la orden que se acerque el jeep que esperaba dispuesto para esta labor, abren la puerta trasera y dos robustos soldados de la Patria, alzan el cuerpo del prisionero, lo balancean un poco y lo lanzan contra el piso del vehículo militar.

El segundo, dijo algo parecido, con más fuerza y determinación, terminando sus breves palabras también con un sonoro ¡ Viva Chile! y el brazo izquierdo levantado y el puño cerrado y es lanzado de la misma manera dentro del jeep.

El tercero era Leonardo, el amigo de adolescencia y casi maestro del nochero del Pabellón N ° 3. Visiblemente demacrado, pero entero, se dirigió a todos y mirando a los oficiales y al señor cura expresó:

“No soy el primero ni último que muero por luchar contra los mitos, engaños de los hipócritas que dicen amar a la Patria. Ellos son los traidores, porque la Patria somos nosotros, somos el pueblo. La Patria no es un trapo, ni tampoco son los poderosos, los ricos, los generales ... ¡Viva Chile!” No alcanzó a terminar, de un culatazo en el estómago lo obligaron a doblegarse y luego los mismos campechanos soldados de la Patria lo alzaron, lo balancearon un poco y lo tiraron dentro del vehículo

militar a la usanza de los carniceros cuando cargan los corderos.

La caída del cuerpo sobre el piso de vehículo militar, escuchada por todos, fue sentida seca, brusca, semejante al sonido que ocasiona un saco de papas al dejarlo caer. Todo en silencio, todos mudos. El motor del vehículo militar empezó a funcionar e interrumpió los pensamientos de los prisioneros presentes testigos de tal barbarie. Todos expectante, atentos, tratando de percibir cómo el ruido del vehículo de la muerte se alejaba más y más. Rompió el silencio sepulcral un prisionero que comenzó a tararear ... “Llegó la hora de decir adiós...

Era la Canción del Adios, que poco a poco se fue percibiendo con claridad la letra y el tono fue subiendo hasta convertirse en un sonoro y fuerte coro. Algunos tartamudeaban de emoción; otros dejaban correr por sus mejillas sus lágrimas, sin poder controlarlas, mientras el tono se iba tornando violento, casi insultantes para el cura y los señores oficiales presentes.

Luego un silencio de iglesia, para escuchar todos atentos al ruido del motor del jeep militar con su carga humana que lentamente iba alejándose hacia el desierto donde serían ajusticiados los tres patriotas chilenos.

Jesús, el ex- nochero del Pabellón N° 3, estaba transpirando a todo sol, tendido en la playa. Se despabiló, prendió otro cigarrillo y consultó la hora. Pasó media hora a todo sol, recordando a sus amigos y compañeros asesinados hacía 18 años. Se levantó y se fue caminando lentamente por el camino polvoriento hacia el Teatro de Pisagua, donde

seguramente lo estarían esperando sus amigos y
compañeros.

Autor: Hugo Eduardo Diaz.

“www.hugoeduardodiaz.cl”